

Patrimonio | El Museo Central Románico Germánico de Maguncia ha publicado un estudio sobre las piezas expoliadas en Aranda de Moncayo. Se presenta el martes

Los cascos de las élites guerreras

Los historiadores Raimon Graells, Alberto J. Lorrio y Fernando Quesada presentarán pasado mañana en Madrid, en la sede del Instituto Arqueológico Alemán, el libro 'Cascos hispano-calcídicos. Símbolo de las élites guerreras celtibéricas'. La obra, publicada por el Museo Central Románico Germánico de Maguncia, es el estudio, por ahora definitivo, de los cascos expoliados en Aranda de Moncayo y también de aquellos que, aunque no proceden de la localidad aragonesa, son de la misma familia. «En nuestro libro se aportan claves que pueden ser útiles para reclamar las piezas, en tanto que recuperadas y exportadas de manera ilegal –asegura Graells–. Pero se han ido dejando pasar excelentes oportunidades para haber recuperado la mayoría de ellas. Ojalá nos equivoquemos, pero vemos improbable que el conjunto pueda recuperarse».

En el terreno judicial, el caso apenas se ha movido desde agosto pasado, cuando se detuvo a un vecino de Alagón por su posible relación con el caso y se le incautaron 2.000 piezas arqueológicas. Dos especialistas del Departamento de Educación y Cultura trabajan desde entonces en la peritación de los objetos intervenidos hasta ahora, en una tarea que puede estar concluida este mismo verano. Su informe será clave para el rumbo del caso.

Pero, mientras llega ese momento, aparece ahora el libro en el que Graells, Lorrio y Quesada aportan alguna luz sobre unos objetos de importancia excepcional.



Un análisis completo. 'Cascos hispano-calcídicos. Símbolo de las élites guerreras celtibéricas', es una obra de Raimon Graells, Alberto J. Lorrio y Fernando Quesada. Tiene un precio de 70 euros.

Un libro en el que se establece, por vez primera, el catálogo de los cascos de este tipo que se conocen hasta ahora, tanto los que fueron encontrados en Aranda como los hallados en excavaciones científicas.

«Son una treintena de piezas –relata Raimon Graells–. Seis están en museos españoles: dos en el Arqueológico Nacional (de La Osera, Ávila, y de la antigua colección Várez Fisa; otros dos en el Museo Numantino de Soria (Muriel de la Fuente y Numancia); uno en el Museo de Cuenca y otro, del que se conserva un fragmento, en el Museu de Belles Arts de Castellón, procedente de Piedras de la Barbada. Además, otros seis, de la antigua colección Guttman, están en el Musée d'Art



Uno de los cascos de Aranda, que llegó a la colección Guttman.

Classique de Mougins (Francia); uno se encuentra en una colección privada de Figuerola del Camp (Tarragona); y el resto sólo ha podido ser estudiado a partir de documentación fotográfica».

Los investigadores señalan que,

durante su trabajo, se han encontrado con algunos ejemplares falsificados, que «evidencian el acceso de los falsificadores a los ejemplares originales, con lo que podríamos hablar de más ejemplares en el mercado anticuario que aún desconocemos». Así que

la cifra definitiva no está cerrada. A su juicio, la importancia de estas piezas reside en que se trata de «un tipo único, que incorpora tradiciones distintas. Son cascos inspirados en modelos calcídicos, aunque con influencia de los tipos suritálicos. Los demás cascos conocidos en el Mediterráneo entre los siglos IV y III antes de Cristo eran lisos, y estaban decorados solo excepcionalmente, mientras que el tipo hispano-calcídico es el único que presenta una decoración compleja en todos sus ejemplares. Esta decoración respondería a una voluntad de enfatizar la imagen de fiereza del guerrero, así como una expresión del poder del personaje que lo llevaba».

Dificultades de cronología

El asunto más complejo ha sido establecer la cronología de las piezas, al no provenir muchas de ellas de contexto arqueológico. «Dos de ellos, procedentes de las provincias de Cuenca y Ávila (Los Canónigos y La Osera), pueden fecharse por los ajuares en los que aparecieron hacia mediados o finales del siglo IV a. de C., en el primer caso, o a inicios o incluso mediados del III a.C., en el segundo. Otros dos, de Soria y Teruel (Numancia y Alto Chacón), se fecharían hacia el siglo II e incluso el I a. de C., con el interés de que, pese a conservarse de forma fragmentaria, evidencian algunas diferencias con los cascos más antiguos. El origen 'irregular' de algunos materiales nos ha privado de obtener información esencial para la interpretación histórica de las piezas, siendo fundamental para tal fin conocer el lugar o lugares donde aparecieron, pues, por lo que sabemos, los ejemplares debían proceder de necrópolis o santuarios. Se nos ha privado de conocer el contexto social e ideológico de buena parte de estas piezas excepcionales».

Casi todos los cascos se han encontrado mutilados. ¿Por qué? «Hay muchas opciones –concluye Graells–, como la ofrenda en un santuario, el arsenal de un ejército o muchas otras propuestas que los lectores descubrirán en nuestro libro».

MARIANO GARCIA

CRÍTICA DE MÚSICA | Gonzalo de la Figuera

Vetusta Morla navega con rumbo fijo

PARTIENDO de la premisa de que quien suscribe nunca ha sentido especial atracción por las canciones de Vetusta Morla, tras asistir al impecable concierto que la banda madrileña ofreció el viernes en un Teatro de las Esquinas abarrotado resulta obligatorio reconocer que, hoy por hoy, estamos ante una de las propuestas más sólidas y convincentes que han surgido en los últimos años en el pop-rock nacional de amplio espectro. Es decir, aquel que no va dirigido a selectas minorías ni busca su nicho en el 'underground', sino

que pretende llegar al mayor número de público posible.

En ese sentido, sin duda Vetusta Morla está haciendo muy bien los deberes; sin hacer concesiones a la comercialidad ni al 'mainstream' de radiofórmula, definiendo un sonido propio muy reconocible, han conseguido que sus canciones enganchen de forma rotunda a un público cada vez más masivo y que trasciende los límites del mercado indie.

Salvando todas las distancias estilísticas y temporales, un servidor tenía anteanoche la sensa-

ción de estar asistiendo a un fenómeno similar al despegue de Héroes del Silencio a finales de los años 80: por un lado, una banda que se toma muy en serio su trabajo y cuida todos los detalles; por otro, una legión de fans altamente entusiastas que se saben al dedillo incluso las canciones de su recién estrenado álbum, 'La deriva'.

Precisamente con esa canción (excelente, por otra parte), marcada por un ritmo tribal y resonancias a Echo & The Bunnymen o New Order, abrió Vetusta Morla el concierto, para

continuar con otras piezas de su nuevo disco, como 'Fuego' o 'Golpe maestro'. Apoyándose en una cuidadísima puesta en escena, tanto en las proyecciones como en la iluminación, y con un sonido irreprochable en el que la potencia no ahoga los muchos matices de los arreglos, el sexteto madrileño fue alternando piezas nuevas y de sus discos anteriores para gozo infinito de sus seguidores. Temas como 'Maldita dulzura' o '¡Alto!' abren vías de conexión con el Bunbury más latinoamericano, mientras 'Valiente' o 'Sálvese quien pueda' provocan el delirio colectivo de una parroquia entregada.

En ese contexto, la peor parte se la llevaron los mexicanos Zoé, una buena banda cuyo trabajo quedó lastrado por un sonido pastoso y apelmazado.

VETUSTA MORLA ★★★★

Presentación de su nuevo disco, 'La deriva'.
Componentes: Pucho, voz y percusiones; Guillermo Galván y Juan Manuel Latorre, guitarras y teclados; Álvaro Baglietto, bajo; David García, batería; Jorge González, percusiones y teclados.
Grupo invitado: Zoé. Viernes, 6 de junio. Teatro de las Esquinas.